

Instituto de Investigaciones Gino Germani
VI Jornadas de Jóvenes Investigaciones
10, 11 y 12 de Noviembre de 2011

Nombre: Nicolás Penna

Institución: Universidad de Chile – Estudiante Magister en Cs. Sociales mención Sociología de la Modernización / Corporación Chilena de Estudios Históricos

Correo Electrónico: npenna@estudioshistoricos.cl

Eje 12: Desigualdades y Estructura Social: Producción, Reproducción y Cambio.

Título: “La perversa obsesión por la distinción: Elementos teóricos para la definición del Abajismo, como fenómeno sociocultural en la estratificación social chilena.”

Abstract

El presente trabajo intenta establecer elementos teóricos para el estudio de un fenómeno denominado “abajismo”, basándose en una perspectiva culturalista de la estratificación social. En este aspecto, ¿Qué es y cómo se define el abajismo y cómo este fenómeno influye en las percepciones de clase dentro de la estratificación social chilena? Este trabajo tiene como objetivo establecer ciertos lineamientos teóricos para la definición del abajismo y demostrar su utilización en una investigación en curso, en base a una metodología cualitativa, realizándose estudios de casos y observaciones “como participante”. Se intentará demostrar que dicho fenómeno se origina desde grupos de clases medias y altas, en donde se generaría una “clausura operativa” en torno a las perspectivas de ascenso social de otros grupos sociales. Esto se produciría bajo varias facetas: desde consumos alternativos, hasta aspectos ideológicos que condenarían el comportamiento de las clases medias bajas y bajas al momento de ascender socialmente. Para su definición, se han considerado conceptos tales como “gentrificación cultural” y la “condición de clase y posición de clase” desde Pierre Bourdieu, además de definiciones de identidad y cultura de Stuart Hall.

Introducción

¿Qué es Abajismo? Muchos se preguntarán el origen del presente concepto. El concepto abajismo, se utiliza de manera popular en el discurso social, en contraposición con el arribismo. Arribismo o arribista, es quien –dentro de la lógica de las percepciones de clase–, siendo de una clase social inferior, trata de demostrar pertenencia hacia una clase más alta, notándose claramente la disonancia tanto cultural como económica. Es una forma de “creerse más”, pero siendo menos. La actitud arribista, ha sido históricamente relacionada con las clases medias y sus procesos de ascenso social, lo que en los últimos años y gracias al neoliberalismo y, especialmente, a la masificación del mercado crediticio, se ha incrementado exponencialmente. En efecto, la calificación de “arribista” hacia una persona, generalmente se da en las “nuevas clases medias” y en los procesos de rápido ascenso social.

El abajismo, al contrario de lo anterior, sería una expresión identitaria “de clase” que funcionaría desde la vereda opuesta. En primer lugar, y para efectos prácticos, el abajismo se tratará como una categoría analítica, en vez de ser un concepto con el cual el sujeto esté claramente identificado. Abajismo, por tanto, se podría entender como un intento de emular el modo de vida de las clases bajas o *populares*, haciendo suyos — desde una actitud performativa— sus hitos culturales y simbólicos¹, por parte de sujetos que no son parte de dichos sectores. Este fenómeno, puede ser observado en muchos lugares, pero se ve claramente en el mundo universitario y artístico. El fenómeno también puede ser puesto bajo una perspectiva historiográfica, en tanto que muchos de los movimientos políticos populares (y sus correspondientes procesos de institucionalización, en tanto formaciones político-partidistas) que han surgido desde comienzos del siglo XX, tienen un origen desde los estratos medios y altos de la sociedad (Barr-Melej, 2001; Roszak, 1981). Por lo tanto, la identidad –al igual que en los sectores medios– construida por este *tipo* de sujeto, no sólo se genera a través de una *praxis*, sino que además, se establece toda una construcción discursiva-ideológica, que parte desde la empatía e idealización de y hacia los sectores populares —por la riqueza

¹ Según Altamirano et. al. (2002, p. 50), la cultura popular podría considerarse como, en primer lugar, “una cultura generada por una *memoria popular*, “conformada más por las prácticas y los usos que por los objetos; [...] hasta de una estética popular basada más en la experiencia que en las obras, en la voz colectiva que en la expresión individual, en la continuidad del arte con la vida, y de la técnica con el arte, en un *arte-acción* radicalmente antiautoritario.

de las relaciones intersubjetivas que se producen en dicho sector (Salazar, 1999), junto con el “ponerse en el lugar del otro”² y con solidarizar con sus causas o demandas—, hasta llegar a planteamientos más ideológico-políticos para justificar dicha acción, en una suerte de homologación del sí mismo, con los conceptos tradicionales de clase³. Para una definición más acabada de esta construcción identitaria “de clase”, observaremos en primer lugar, algunas definiciones en torno a los conceptos de clase, para luego pasar a elementos particulares del abajismo y, posteriormente, integrar perspectivas culturalistas e identitarias, fundamentales para entender las autopercepciones y para indicar ciertos aspectos de dominación cultural que están presentes.

Estratificación social y sectores medios

En primer término, es importante establecer ciertas definiciones básicas en torno a la teoría de clases y, especialmente en relación a las clases medias, puesto que el abajismo es principalmente un fenómeno proveniente de éstas.

En la teoría marxista, el concepto de clase es fundamental para explicar un corpus teórico en donde su centro de análisis es el estudio histórico de las relaciones de dominación entre los distintos actores sociales, en donde son fundamentales los factores económicos para su explicación. La clase social sería, por tanto y grosso modo, el elemento regulador de la explotación de una clase por otra⁴. De ahí a que en su corpus teórico, Marx sólo comprende a la “clase media” como un estrato que amortigua la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, sin darle la importancia que actualmente le daríamos a este concepto. Es, de cierta forma, una clase que fundamentalmente retrasa la lucha de clases, en tanto da esperanzas al proletariado de ascensión social y, además:

² El ponerse en el lugar del otro, en tanto “compasión” hacia los pobres, ha sido una característica histórica de los sectores acomodados en la sociedad chilena como un intento de ayudar al “otro-en-peligro”, distinto al “yo-sin-problemas”. Es observable tangiblemente en el asistencialismo pre-estatal de la oligarquía (en la medida de que el Estado no se hacía cargo en el siglo XIX de la “cuestión social”), pasando por la adhesión a la solidaridad pregonada por la iglesia tras las encíclicas *Rerum-Novarum* y *Urbi et Orbi*, hasta las últimas formas de asistencialismo como la ya clásica *Gota de Leche* y *Un techo para Chile* (Fernández, 2003).

³ En la tradición marxista-estructuralista.

⁴ Cuando Marx define a las clases, lo hace en términos de sus relaciones con la propiedad, entendiendo dos grupos fuertemente demarcados: quienes son poseedores y los que no tienen nada. La comprensión de una clase con respecto a otra es, necesariamente, en base a una concepción de contraposición dialéctica, ligada fundamentalmente por el concepto de “explotación” (Wright, 2002)

“Marx establece que económica, social e ideológicamente las clases medias no representan un todo. Constituyen un conjunto de grupos que se diferencian entre sí y cada uno de los cuales ocupa su puesto peculiar en la estructura socioclasista de la sociedad capitalista, hallándose entre la burguesía y el proletariado. La pequeña burguesía de la ciudad y del campo [...] posee propiedad privada, pero también pertenece a las clases trabajadoras, vive fundamentalmente de su trabajo y no de la explotación. [...] Tienen un grado transitorio, determinado por el carácter concentrador de las relaciones capitalistas de producción.” (Cerde, 1998: 51-52)

Si el marxismo considera el concepto de “clases” directamente ligado al de “explotación”, Max Weber considera dicho concepto ligado a las “expectativas de vida”. La clase por tanto tendría varias dimensiones: una dimensión objetivada (similar a la de “clase en sí” de Marx), en donde ésta sería una forma de relacionarse económicamente en el mundo, y una dimensión subjetiva, que implica elementos adscriptivos e identitarios para definir a un grupo social, lo que Weber definiría como “grupos de status” (Wright, 2002). Mientras la clase es una forma de comprender la materialidad de un grupo específico en tanto el grado de acceso y de negociación de éstos en el mercado, el status es una forma de coerción social en común que un grupo tendría, compartiendo ciertas moralidades y “honorabilidades específicas”. Sería una forma de regular qué y cómo se intercambia en el mercado (Wright, 2002). Por tanto, la concepción de una clase media está directamente relacionada con dos criterios: el beneficio económico bajo una perspectiva racional, que puede estar basado ya sea en la propiedad de los bienes o en la ganancia; y el privilegio social ya sea positivo o negativo. En este aspecto, y relacionando la teoría weberiana con la realidad social latinoamericana, la clase media se afirmaría basándose en un sistema de dominación del tipo burocrático⁵. Esta burocracia no solamente reafirma el poder estatal basándose en el

⁵ Cuando uno de los grupos que desea gobernar a la sociedad consigue tomarse el poder, necesariamente tiene que perpetuarse. Para ello necesita primero generar todo un aparato (burocracia) que concrete los objetivos del grupo que está en el poder, ya sean estos en base a un fin (“hacerse ricos” o sólo detentar el poder), o bien en base a la forma en la cual se hacen las cosas (“el Estado no tiene una ética aplicada, por lo que yo como grupo de poder intentaré que en su funcionamiento se apliquen lógicas ético-morales acorde a mis valores”). Este es el grupo de técnicos que Weber indica que son fundamentales para el buen funcionamiento de una estructura de poder, como lo es un Estado. Ejemplo de esto sería: “[...] para comprender cabalmente la idea de la composición del Estado a través de las tres prácticas señaladas [política, administrativa y legal] es necesario entender éstas, además, en su secuencialidad y circularidad. Eran secuenciales, ya que ellas se iban sucediendo una a otra: primero los diversos actores debían tomar parte en la práctica política, luego llegaban a la administrativa y recién ahí a la legal. Eran a la vez

sistema de dominación racional-legal, sino que también se reafirma a sí mismo puesto que encuentra un lugar en el cual perpetuarse; un lugar en el cual puede afirmarse socialmente, mantener su estatus y, además, influir en la toma de decisiones en el Estado.

Esta perspectiva weberiana en torno a las Clases Medias, no es menor para el efecto del presente trabajo. El abajismo dentro de sus ascendencias históricas, responde fundamentalmente a las dinámicas de las clases medias que lograron su ascenso social en el Estado Desarrollista de matriz *cepaliana*, es decir, son los representantes de una antigua clase media, a diferencia de las “nuevas clases medias” que son las derivadas de las transformaciones neoliberales en América Latina. En este sentido, es importante la discusión de estas clases en América Latina.

La discusión latinoamericana en torno a la problemática de la estratificación social se produjo desde la década de los 50’, en un intento por la comprensión teórica de las clases sociales en general, y de la clase media en particular. Uno de los autores que intenta comprender dicha clase es Jorge Graciarena. El autor, basándose en la realidad Argentina –pero que perfectamente puede extrapolar al resto de países latinoamericanos (o al menos los estudiados) – indica que existen dos tipos de clases medias. Una primera clase media es la que tiene origen en el Estado oligárquico decimonónico. Artesanos, comerciantes, pequeños productores industriales, agricultores, etc., todos ellos podrían ser considerados clase media, en la medida de que no son parte de la exclusión oligárquica. No han sido excluidos del sistema político de dominación existente, puesto que son funcionales y pueden identificarse con el corpus valórico de las oligarquías gobernantes (Graciarena, 1967).

Un segundo origen de las clases medias es el que tiene relación con la urbanización latinoamericana, la ampliación de la educación primaria, secundaria y superior, y, por sobre todo, el proceso de industrialización acaecido en la primera mitad del siglo XX. Este tipo de clase media es, fundamentalmente, del tipo ascensional, meritocrática y reformista. En la medida que ha subido su nivel social, busca la

circulares, ya que cada práctica estaba regulada por determinadas normas cuyo origen estaba en la práctica legal, que constituía un momento muy importante y fundamental de todas las prácticas, incluida ella misma: al sancionar las prácticas anteriores dándoles una base institucional cerraba el círculo y generaba las condiciones de su propia reproducción.” (Fernández, 2003: 25, Weber, 1996: 173)

mantención de dicho nivel. Busca la creación de políticas de protección social que apañen su estatus adquirido por medio de su trabajo. Además, basándose en sus orígenes, tiene ciertas simpatías con los movimientos populares reivindicativos, pues surgió de allí. Su proyecto político es heterogéneo, en tanto no tiene un proyecto histórico concreto, sino más bien se basa en un reformismo integrador.

Ahora bien, todo lo mencionado anteriormente está sustentado en una comprensión de los sectores medios basados en una sociedad que, tal como la chilena de mitad del siglo XX, aún tenía resabios de un ordenamiento tradicional, en tanto estratificación social⁶. A su vez, se basa fuertemente en la importancia que tiene el Estado dentro de dicho ordenamiento social, en donde bajo su función empresarial y como principal empleador del país, genera los espacios laborales para que pueda surgir un grupo social como la clase media.

Otra forma de entender las capas medias, es la que ha surgido desde los años 80, tras la desestructuración del “Estado Asistencialista”, y con la construcción –bajo la dictadura de Pinochet–, de un “Estado Subsidiario”⁷. Bajo este método de entender la estructura social de la sociedad, se dejó de lado la “conciencia de clases” y la identificación en dicha comprensión de la sociedad, para ordenarla en base a objetivaciones. Dichas objetivaciones se han construido fundamentalmente en torno a las actividades productivas que los sujetos ejercen en su cotidianeidad.

Una reconstrucción de los modelos clásicos de las clases sociales son las que nos presentan Eric Olin Wright y John Goldthorpe. Wright, desde una vertiente neomarxista, indica que las actividades productivas u ocupacionales no pueden ser consideradas como un elemento constructor de clases sociales, por lo que establece tres clases sociales base: la burguesía, que controla los medios de producción y las fuerzas de trabajo; el proletariado, que emplea su fuerza de trabajo, y la pequeña burguesía, que

⁶ Hablo de un ordenamiento tradicional, en la medida que el orden social está fuertemente relacionado con las estructuras productivas basadas en la exportación de materias primas y en la escasez de actividades productivas secundarias y terciarias que generen espacios de movilidad social. En este sentido, la sociedad chilena del siglo XX encaró el cambio de su enfoque productivo en la década del 30' con el surgimiento de la CORFO, quien le dio el empuje a la actividad económica de producción y de sustitución de importaciones, principalmente.

⁷ “[...] plantea la necesidad de no intervenir en la economía y sólo resguardar a aquellos grupos que no han podido integrarse al sistema económico, pero de una forma que no signifique cambiar su lógica de funcionamiento.” (Silva, 2005)

controla sus medios de producción sin controlar la fuerza de trabajo (Wright, 1979, citado por Atria, 2004). A ello habría que agregarle otros grupos sociales contradictorios:

“(i) los gerentes y supervisores que careciendo de propiedad legal de los medios de producción ejercen un control *de facto* sobre sus medios materiales de producción y sobre la fuerza de trabajo; (ii) los trabajadores dependientes semiautónomos que carecen tanto de propiedad como de control sobre los medios materiales de producción, pero controlan su propia fuerza de trabajo; y (iii) los pequeños empresarios.” (Atria, 2004).

Wright además, integraría el concepto marxista de “explotación” para atenuar la contradicción de las posiciones de clase anteriormente señaladas, y agregaría otras variables, tales como la dominación y la calificación. Con ellas generaría un esquema de doce subgrupos que permitirían una clasificación de los distintos estratos sociales, lo cual además tendría distintos modos de interrelación, dependientes de la existencia o ausencia de cierto tipo de bienes. Estos bienes son: a) Bienes de Fuerza de Trabajo, b) Bienes de Capital, c) Bienes organizacional, y d) Bienes de Cualificación. Estos bienes generan distintos tipos de dominación, que tienen que ver con los distintos modelos de sociedad (Feudal, Capitalista, Estatal, Socialista).

John Goldthorpe parte desde una perspectiva neoweberiana para establecer sus criterios definitorios de distintos estratos sociales. La principal variable para la construcción de estos estratos, es la variable ocupacional, con lo que podía establecer tres grandes clases y varias subcategorías que estarían dentro de las anteriores “combinando tres criterios: propiedad y control de los medios productivos, prestación de servicios con mayor o menor autonomía y manualidad con grados de calificación diferentes.” (Atria, 2004).

Si bien anteriormente he expuesto un panorama teórico más o menos sugerente sobre cómo se ha enfrentado el análisis de la estratificación social, ninguna de ellas hace mención explícitamente como elemento de análisis la identificación del grupo a estudiar con un estrato social específico. Por ejemplo, ninguno de estos trabajos revisados anteriormente establece como una categoría de análisis válida la autorrepresentación e

autoidentificación de un sujeto con un grupo social específico. Quien sí toma esta dicotomía entre la autoidentificación con una clase social, con la posición real de clase, es Pierre Bourdieu (2002a, p. 122), quien introduce los conceptos de *situación* y *posición de clase*. Para Bourdieu, la situación de clase está definida desde el sujeto, en la medida de que son las características particulares del individuo que, si bien la operación de dividir al individuo de lo social es indisociable, permiten comprender el margen de variación del que disponen las propiedades de posición. La situación de clase, se relaciona además con la “situación de mercado” weberiana, es decir, indica que las oportunidades de inserción dentro del mercado de los bienes y del trabajo, sus condiciones de existencia y experiencias personales, son similares de unos con otros. Pero, dentro de estos elementos de similaridad de los sujetos individuales, se generaría una diferenciación basada en los elementos simbólicos. Son estos elementos simbólicos de diferenciación social, los que permiten explicar el fenómeno del “abajismo”. La posición de clase, por otra parte, son los elementos relacionales de los sujetos con lo social. La posición nunca se define desde una perspectiva estática, sino que está directamente relacionada con los devenires históricos de las clases y la interrelación de éstas con el resto de la estructura social. De ahí a que:

“la clase social no es sólo un “elemento” que existe por sí mismo sin ser modificado o calificado de algún modo por los elementos con que coexiste, sino también una “parte”, es decir un constituyente determinado por su integración en una estructura, se comprende que la ignorancia de las determinaciones específicas que una clase social recibe del sistema de sus relaciones con las demás clases puede llevar a efectuar falsas identificaciones y a pasar por alto analogías reales.” (Bourdieu, 2002a, p. 122)

Abajismo

Sociohistóricamente hablando, los sujetos que se identifican con el concepto de abajismo, tienden a ser los descendientes de las “viejas clases medias”, ligadas al desarrollismo estatal y con la apertura de la educación pública de los años 60. A diferencia de las nuevas clases medias, que están en un proceso de adquisición de capital cultural, los *abajistas* tendrían un capital cultural heredado de gran magnitud,

basada en la experiencia histórica de una clase media que condujo buena parte de los procesos históricos del siglo XX, hasta el advenimiento de la Dictadura Militar de Pinochet y la imposición del Neoliberalismo. Desde ese momento, esta clase media tradicional comenzaría a perder su fuerza histórica y queda en un vaivén de añoranza del viejo orden, y de búsqueda de una reconfiguración de su identidad, lo que afectaría notablemente a los jóvenes que surgirían de estas familias.

Tal y como se mencionó en la presentación, el Abajismo no es una categoría de autodefinición, como sí podría serlo el concepto de “Clase Media”. El abajismo es un fenómeno que describiría una clara disociación entre la situación material objetiva de un sujeto particular, con la expresada discursivamente. A diferencia de la autopercepción de ser de “clase media”, en esta disociación existe (o existiría) una conciencia por parte del sujeto, que implicaría un abandono performativo de su condición acomodada, para identificarse y adoptar la cultura y discurso de los sectores más populares de la sociedad. Sería, por tanto, la negación de las condiciones “objetivas” de clase, para lograr una identificación, subjetiva y discursiva, con otro grupo de la sociedad, que en este caso sería lo que se denomina como *sectores populares*.⁸

El *abandono performativo*, —concepto propuesto acá a modo de hipótesis teórica— sería el intento de dejar de lado las variables que permitiesen a un ‘otro’ identificarle con su pasado de clase media-alta o alta propiamente tal. Se abandonarían las referencias culturales a sus condiciones objetivas, en tanto no utilizar sus códigos conductuales, despojarse de las gestificaciones y modos de habla con los que se le podría identificar su ascendencia clasista, evitar por sobre todas las cosas, los patrones de consumo de los sectores acomodados y, en general, ocultar o negar todo lo que tenga por objeto la demostración de los elementos que le caracterizan como una persona favorecida en la estructura social.

¿Por qué se produciría el *abandono performativo*? En primer lugar, este hecho se produciría por razones ideológicas del sujeto. Dichas razones estarían fundadas en la

⁸ La historiografía, y particularmente la historia social, tiene grandes trabajos para la descripción de dicho sector. Podríamos indicar la obra completa de Gabriel Salazar, Julio Pinto, Sergio Grez, María Angélica Illanes, Leonardo León, entre muchos otros. Los sectores populares se pueden identificar con los labradores del siglo XIX, con el peonaje rural y urbano, con el proletariado de comienzos del siglo XX, con los pobladores de las tomas de terreno, en fin, con los grupos sociales más desposeídos, pero que tienen cierto grado de articulación social basada en una identificación con el otro.

necesidad de un cambio estructural de la sociedad neoliberal, basada en la dualidad dominación/dominado. El abajismo, entonces, sería una toma de conciencia de los dominadores de la existencia del dominado, algo que sería inconcebible en su percepción naturalizada de la realidad. Para ello, se despoja de sus ataduras culturales para perpetuar la dominación, y tomar posición junto al dominado para una lucha por una sociedad más justa. Esta toma de posición, que está completamente anexa a una forma de ver lo político y lo ideológico, no sería un hecho particular en la historia. Desde los teóricos de la igualdad social, pasando por distintos movimientos políticos, sean estos dentro de la normativa legal (Partido Socialista/Partido Comunista), o bien desde la perspectiva armada (Frente Patriótico Manuel Rodríguez, o incluso tomando en consideración el movimiento ácrata tan denunciado en los últimos tiempos por la prensa y los “Aparatos Ideológicos del Estado”⁹, los grandes estandartes de estos movimientos han sido por lo general, de la élite chilena¹⁰.

Lo ideológico que contendría el abandono performativo, y la acción política en general del abajismo puede ser definido bajo la perspectiva expuesta por Slavoj Žižek (2002), quien considera que la palabra ideología puede abarcar desde la contemplación pasiva hasta la creencia orientada a la acción, “desde el medio indispensable en el que los individuos viven sus relaciones con una estructura social hasta las ideas falsas que legitiman un poder político dominante.” (Žižek, 2002: 15).¹¹ Las consideraciones de

⁹ Los Aparatos Ideológicos del Estado (o AIE), son una famosa conceptualización realizada por Louis Althusser. Él define este concepto enunciando que “1. Todos los aparatos del Estado funcionan a la vez mediante la represión y la ideología, con la diferencia de que el aparato (represivo) de Estado funciona masivamente con la represión como forma predominante, en tanto que los Aparatos Ideológicos de Estado funcionan masivamente con la ideología como forma predominante. 2. En tanto que el aparato (represivo) de Estado constituye un todo organizado cuyos diferentes miembros están centralizados bajo una unidad de mando –la de la política de lucha de clases aplicada por los representantes políticos de las clases dominantes que tienen el poder de Estado., los Aparatos Ideológicos de Estado son múltiples, distintos, «relativamente autónomos» y susceptibles de ofrecer un campo objetivo a contradicciones que, bajo formas unas veces limitadas, otras extremas, expresan los efectos de los choques entre la lucha de clases capitalista y la lucha de clases proletaria, así como sus formas subordinadas.” (Althusser, 2002: 129-30).

¹⁰ Podríamos poner por ejemplos desde Francisco Bilbao, pasando por el mismísimo Salvador Allende, Volodia Teitelboim, el líder del FPMR Raúl Pellegrín Friedman, o la mediática Candelaria Cortés Monroy, imputada en el “caso bombas”.

¹¹ “Una ideología, entonces, no es necesariamente “falsa”: en cuanto a su contenido positivo, puede ser “cierta”, bastante precisa, puesto que lo que realmente importa no es el contenido afirmado como tal, sino *el modo como este contenido se relaciona con la posición subjetiva supuesta por su propio proceso de enunciación*. Estamos dentro del espacio ideológico en sentido estricto desde el momento en que este contenido –“verdadero” o “falso” (si es verdadero, mucho mejor para el efecto ideológico) – es funcional respecto de alguna relación de dominación social (poder, explotación) de un modo no transparente: *la lógica misma de la legitimación de la relación de dominación debe permanecer oculta para ser efectiva.*” (Žižek, 2002: 15)

Zizek con relación a la ideología, son similares a las que Habermas propone en torno a una racionalidad instrumental (Habermas, 1992a y 1992b). También se asemejan mucho con la categorización weberiana del accionar racional con arreglo a fines: la ideología vendría siendo aquel accionar racional, enmarcado en una relación de dominación entre iguales. Cuando esa relación de dominación entre iguales se establece, se legitima, se estaría legitimando también la desigualización de los iguales. Todo amparado bajo el sustento de la consecución de un fin ulterior:

“Entonces, para comenzar, tenemos a la ideología “en si”: la noción inmanente de la ideología como una doctrina, un conjunto de ideas, creencias, conceptos y demás, destinado a convencernos de su “verdad”, y sin embargo al servicio de algún interés de poder inconfeso. [...] La ideología es una comunicación distorsionada sistemáticamente: un texto cuyo significado público “oficial”, bajo la influencia de intereses sociales (de dominación, etc.) inconfesos, está abruptamente separado de su intención real, es decir, un texto en el que nos enfrentamos a una tensión, sobre la que no se reflexiona, entre el contenido del texto explícitamente enunciado y sus presuposiciones pragmáticas.”(Zizek, 2002: 17-18)

Posterior al *abandono performativo*, el sujeto abajista necesitaría un nuevo paso de reconstitución de la identidad individual, el cual ha sido despojado de sus elementos previos. Para llenar el vacío (que nunca es tal), el sujeto toma los elementos característicos, o más bien dicho, que **él considera característicos** de los sectores con los que él se siente identificado y los hace propios para mostrar y demostrar que es parte de dicho sector social. Así, el abajista comenzará a vestirse de cierta forma, a hablar de cierta forma, a consumir ciertas cosas y evitar otras, escuchará cierto tipo de música, etc., para así mostrarle al resto que él es uno de ellos. Sin embargo, él será uno más de ellos, pero de aquellos que tal como él, han seguido el camino del abajismo. Bajo ningún punto de vista logrará ser lo que pretende: ser un auténtico sujeto popular, puesto que para ser un sujeto popular no basta sólo el abandonar una cultura y adoptar otra. Es necesario tener cierto recorrido histórico para ello. En efecto, esta utilización de los elementos materiales característicos de la cultura popular, se termina transformando en un modo de “distinción” (Bourdieu, 2002b), en donde se genera un modo de uso distinto de los bienes, que los transmuta en signos. “a las diferencias de hecho en

distinciones significantes, o, para hablar como los lingüistas en “valores”, privilegiando la *manera*, la forma de la acción o del objeto en detrimento de su función.” (Bourdieu, 2002a, 132).

En efecto, la apropiación de los elementos estéticos de los sectores populares para su utilización, es compleja en sí mismo, puesto que se le está dando un valor estético en sí mismo (distinción clave del “gusto puro”) a un objeto que tiene un sentido práctico detrás. Dicho de otra forma, la estética popular, no tiene que ver con un uso de los objetos por su valor simbólico, sino más bien, con el valor que tiene desde una perspectiva práctica. El abajismo, invierte este uso y resignifica el objeto, dotándolo de una significación social mucho más pura, basada en la distinción social desde una perspectiva de diferenciación intersubjetiva (Bourdieu, 2002b, p. 29).

Este hecho de resignificación de los objetos, generaría un proceso de “gentrificación cultural”. El concepto de Gentrificación, puede explicarse someramente, como la ocupación de espacios urbanos de sectores populares, por sectores medios y altos, generando todo un proceso de revitalización social y económica a dichos lugares. Estos espacios generalmente son ocupados por grupos de artistas y de gente ligada a las ciencias sociales y humanidades en general. Ahora bien, la introducción del concepto de “gentrificación cultural” funciona tal y como la gentrificación urbana, pero en espacios culturales. En vez de despojar a los grupos sociales bajos de sus espacios residenciales, se comienzan a despojar de sus elementos culturales característicos, transformándolos en un elemento de *consumo cultural*, y quitándole toda su autenticidad. La cultura popular, ya no será un patrimonio vivencial, sino que es un patrimonio consumible que puede ser asimilado por quienes no le toman el valor real que representa cada uno de dichos símbolos. Si, por ejemplo, para los sectores populares vestirse con ropa usada es una forma de ahorrar dinero en la ropa, para un abajista es la utilización estética de dicha forma de vestir. No es la necesidad la que le hace consumirla, sino que la ostentación de que se es parte de dicha cultura. Con este proceso de gentrificación cultural que se genera, los sectores populares terminan siendo despojados de su cultura tradicional, pues es colonizada por ‘otros’, distintos a ellos, quienes no le dan el valor práctico a sus conductas, sino que son meramente para demostrar algo. Así, lo popular termina siendo despojado de lo propio y minimizado frente a una nueva relación de dominación, que no intenta imponer una “forma de ser”, sino que se apropia de la suya,

dejándole sin el sentido característico. Si antes el bar “La Piojera”, era el lugar donde los gañanes iban a tomarse un trago por poco dinero, ahora vienen los que “desean ser” gañanes para lograr vivir la experiencia. La experiencia no es la misma, puesto que ya no es un hito cultural, sino que económico, algo muy acorde con la coyuntura histórica actual. Y, de paso, se despoja al verdadero personaje que utilizaba dicho lugar, relegándolo a un segundo plano y despojándole de sus usos sociales específicos.

Estudios Culturales

¿Cómo podemos comprender, por tanto, el modo de ser del mundo abajista? No bastan las definiciones de Bourdieu para los elementos de clase. Existen elementos culturales que son fundamentales para la comprensión de los mecanismos de constitución y construcción identitaria de un modo de ser de los sujetos. Para ello, los conceptos de Cultura, Representación y Discurso, son fundamentales para comprender las identidades e identificación de los individuos con los grupos sociales anteriormente señalados. Esta tríada conceptual refleja muy bien el mecanismo con el cual funciona el individuo y se proyecta hacia lo social bajo la etiqueta de “clase media” o “sujeto popular”. Primero definiré individualmente los conceptos, para luego integrar todo el marco teórico en un esquema conceptual que establezca las interrelaciones entre uno y otro.

Cultura

El concepto de *cultura*, plantea una dificultad bastante evidente en torno a las múltiples definiciones epistemológicas y prácticas que se han derivado de ésta. Para dejar esta ambigüedad conceptual de lado, utilizaré la propuesta de William Sewell Jr. (1999), quien habla de la cultura como un discurso semiótico basado en textos (la visión de Hunt (1989) de “cultura”), para posteriormente indicar que cultura puede ser entendida de dos modos. En singular, como una visión epistemológica, o bien en plural, entendida como las particularidades de un grupo específico¹².

¹² En esta última concepción de cultura y sus usos, Sewell define varios modos de ésta. a) Cultura como comportamiento aprehendido; transmitido de generación en generación (concepto vago en sí). b) Cultura como significado; construido en categorías prediseñadas que se subdividen en otras más específicas. c)

Para Sewell, cada una de dichas definiciones de cultura, son sumamente débiles y demuestran una comprensión excluyente de dicha esfera. Un concepto de cultura lo suficientemente potente y útil para la comprensión de fenómenos sociales, es la propuesta por el antropólogo Clifford Geertz (1973), quien propone a la cultura desde dos esferas. Primero, como un sistema de símbolos: un sistema cultural es un sistema con un alto nivel de abstracción que se contrapone al “sistema social”, que es un conjunto de reglas, y al sistema personal, que son las motivaciones que guían al sujeto en particular. El símbolo dentro de la cultura es un elemento irreductible, que se transforma sólo en base a su uso en la vida social. En sí mismo encierra al significado y el significante.

En contrapunto a dicha visión un tanto estructuralista de la cultura, surge el concepto de ésta en tanto práctica o *praxis*. Dicha forma de concebir el concepto de cultura es una contraposición de una idea de cultura estática. Se basa en la cultura como una actividad práctica, en tanto el accionar del sujeto basado en intenciones, relaciones de poder, luchas, contradicciones y cambios. A su vez, es un término performativo, en tanto con capacidad de transformación de significados para así poder aplicarlos como medios para la realización de acciones, de propósitos específicos –tal como Habermas (1992) lo indica en su *Acción Comunicativa*.

La propuesta epistemológica de Sewell radica en la unión de ambos conceptos de cultura anteriormente señalados. Si bien surge el segundo en contraposición del primero, ambos pueden complementarse. Como bien señala:

“Sistema y práctica son conceptos complementarios: cada uno de ellos presupone al otro. Comprometerse en la práctica cultural significa utilizar los símbolos culturales existentes para alcanzar cierto fin. Y se espera que el empleo de un símbolo permita alcanzar un objetivo particular sólo porque los símbolos tienen en mayor o menor medida determinados significados –significados especificados por sus relaciones (sistemáticamente estructuradas) con otros

Cultura como producción institucional de sentidos; generación de cultura desde esferas dominantes de la sociedad (como el Estado). d) Cultura como creatividad y resistencia contra la ‘estructura’ (fundamentalmente, la postura Thompsoniana).

símbolos. [...] Sistema y práctica constituyen una dualidad o dialéctica indisolubles: la cuestión teóricamente importante no consiste entonces en preguntarse si la cultura debería conceptualizarse como práctica o como sistema de símbolos y significados, sino cómo conceptualizar la articulación entre sistema y práctica.” (Sewell, 1999)

Representación

El concepto de Representación tiene una larga discusión detrás¹³, teniendo mucho que ver con la definición operativa de cultura¹⁴. Partiré su definición desde la producción teórica de Stuart Hall, éste indica que el vínculo que existe entre un objeto existente en el mundo real, entre el signo que lo representa (por ejemplo la palabra) y el concepto que, mentalmente, define al objeto con ciertas características, es lo que se denomina como representación. Ahora bien, existen dos sistemas de representación: el primero es el que genera las equivalencias entre los objetos y los sistemas conceptuales. El segundo se basa en la construcción de correspondencias entre nuestro “mapa conceptual” y un conjunto de signos enraizados u organizados en un lenguaje, que implique la representación de dichos conceptos (Hall, 1997). La relación entre objeto, signo y concepto, yace en el centro de la producción de significados en el lenguaje. El vínculo efectivo entre estos tres elementos es lo que se denomina, operativamente, como “representación”. Desde un punto de vista práctico, podemos asumir como un objeto a representar a un auto. El automóvil es el objeto en sí. Es un elemento que sirve a la sociedad para trasladarse desde un punto A hacia un punto B. La palabra *automóvil* es la representación dentro del utillaje lingüístico de la sociedad en su conjunto, para denominar dicho objeto. Sin embargo, el valor que le damos a dicho objeto, lo que

¹³ No utilizaré lo planteado vagamente por Roger Chartier, quien indica que las representaciones culturales –basándose en la tradición de la historia de las mentalidades– no son sólo el reconocimiento de símbolos que sirven para comunicarse, sino también esos símbolos pueden ser ‘universales’; de uso general, pero, su valor de uso, en tanto representaciones particulares (o sea la interpretación mental del símbolo), es la que le da el valor comunicativo en una cultura específica (Chartier, 2005).

¹⁴ Según Peter Burke, La historia cultural, es la forma que caracteriza a grupos particulares, pero integrados en una comunidad mucho más amplia (la “sociedad”, la “nación”, el “mundo globalizado”). Una distinción de esos distintos ámbitos o esferas culturales está hecha en la medida de concepciones particulares del mundo, basados en vivencias, en creencias, en sueños, en ideas, pero también en hechos concretos. Los aspectos particulares que el historiador observa en un grupo específico (un “pokemón” o un “metalero” podría caer en una “subcultura”) necesariamente deben relacionarse con la cultura hegemónica; con la cultura que tiene la validez universal (o bien la posición preponderante en una sociedad), sin caer en la generalización, sino que respetando las diversidades y, por sobre todo, explicándolas (Burke, 2006).

representa para nosotros como sociedad en general, es completamente diferente al uso específico que **yo** (en tanto integrante de un sector social en específico) le voy a dar al objeto. Si bien me sirve para desplazarme, también significa que expone ciertos valores, cierto modo de ser de los sujetos estudiados.¹⁵

También es necesario rescatar el *discurso* que utilizan los sujetos para autodefinirse de tal o cual sector social. La definición discursiva de un conjunto de sujetos de un sector social específico, implica directamente la construcción de conocimiento en base al lenguaje sobre un tema específico, o sea, de su auto reconocimiento como “clase media” (por ejemplo). Pero esta construcción de un discurso de clase media puede diferir mucho del discurso de “clase media” que tienen otros grupos de la sociedad para identificarse entre sí.

Y es en esta forma de diferenciación donde hay que rescatar el *modo de ser* particular de los sujetos de los distintos estratos sociales en la actualidad, que responda no sólo a su situación en el presente, sino que también implique un reflejo y un aprendizaje de su pasado histórico, de superación de etapas como un ascenso o descenso, no sólo socio-económico, sino que también en ampliación de su riqueza de elementos y herramientas culturales que, si bien pueden ser transversales en tanto objetos utilizados por toda la sociedad, son utilizados de manera particular, “híbrida” (Bhabha, 2007). Cuando vemos en la conformación de identidad o identidades, una búsqueda permanente de su lugar propio en la sociedad, ya sea en la identificación con las clases superiores —observado desde ese ‘otro’ como “arribismo”— o bien con clases inferiores (“abajismo”), vemos un sujeto socialmente en permanente movimiento. Su ambivalencia es su experiencia histórica de continuos vaivenes. Esto le confiere el aprendizaje simbólico necesario para enfrentar al mundo de manera característica.¹⁶ Su

¹⁵ Hall hace el recorrido partiendo de Saussure, quien explicita que “dentro de un sistema cultural, los signos en sí mismos no adquieren un significado específico, sino que, en la medida que se relacionan con otros objetos, recién ahí toman su valor” (Hall 1997). Ahora bien, desde la perspectiva teórica de Roland Barthes (heredero de la semiótica Saussureana, según Hall), no solamente hay que hacer la relación entre el signo con el objeto, sino que la interpretación de quien utiliza dichos objetos para su cotidianeidad. Esto es, darle un sentido propio a dichos objetos. El sentido específico que le demos a los objetos, tiene mucho que ver con el aparataje ideológico que implique que los sujetos interpreten la realidad de una forma específica. Ahora bien, esta interpretación semiótica deja de lado al sujeto como un ente creador de significado para la construcción de representaciones. Sólo las interpreta. No las significa, pues es un hecho ya existente.

¹⁶ Pero es característica de tal forma, que se ha transformado en algo visible e invisible a la vez para los análisis sociales contemporáneos, sean en la sociología, en la antropología, en la historiografía, etc.

aprendizaje histórico, tanto como individualidad (o una no-identidad, negadora de las generalizaciones identitarias tradicionales, casi como una construcción nueva, propia) o como grupo coherente (en tanto búsqueda permanente de su lugar, como copia de lo ya existente, de seguir otras “clases”, arribismo, abajismo, estereotipo de la “clase media”), le confieren la ambivalencia con la que ha sido caracterizada históricamente. Su experiencia ‘móvil’ de continuo aprendizaje, se puede integrar al concepto de mimetismo de Bhabha. Es una herramienta para comprender un “querer ser” pero sin serlo, un “ser”, pero sin saberlo.

Este “ser” o “querer ser”, se va dibujando —como ya se mencionó anteriormente— en el intento de los sujetos de estructurar dentro de ellos una identidad que no sólo resalte en el mundo social, confiriéndoles ciertas particularidades que le igualarían a ese “yo” colectivo, al cual intenta interpelar, sino también generando la diferenciación con el otro. Así, se puede definir claramente el concepto de identidad, como un elemento construido dentro del discurso de los sujetos, y no fuera de él, producido en ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias enunciativas específicas. Son más un producto de la marcación de la exclusión y la diferencia que signo de una unidad idéntica y naturalmente constituida. Es, en definitiva, un punto de encuentro, de *sutura*, entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan ‘interpelarnos’, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de ‘decirse’. De tal modo, las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas (Hall, 1996).

Con todo lo anterior, llegamos a la articulación del marco teórico-conceptual. En el centro tenemos los conceptos de Cultura, Representación y Discurso, que se articulan para darle al sujeto un sustento para su autodefinición. Cultura sería la permanente construcción de una estructura, la representación sería la internalización e interpretación de dicha cultura, para luego ser puesta en práctica nuevamente. Es en esa puesta en práctica que tenemos dos formas de ser realizada. Una, netamente pragmática, como lo es el *sistema cultural* de los nuevos sectores medios, o bien un *sistema cultural* más ligado a lo ideológico, que es lo que sucede en el ámbito de los grupos abajistas. Esta

propuesta de análisis teórico, permite identificar –como ya se ha mencionado– al “abajismo” como una respuesta al ascenso económico de otros grupos sociales, indicando de cierto modo, su carencia de capital cultural específico para ser parte de dicho grupo social. Sin embargo, como una derivación de este fenómeno, se puede observar que también existe un intento por deslegitimar el ascenso social de otros grupos sociales, cerrando espacios socioculturales en donde ellos sí estarían presentes (las antiguas familias de profesionales universitarios) y negando el acceso a ciertas redes en las cuales los “recién llegados” están tratando de hacerse notar. Para evitar su llegada, intentan demostrar, por medio del desapego de lo material y por la utilización de los códigos que los “recién llegados” están negando, que lo material no es lo importante, sino que son los elementos culturales e históricos los que permiten la distinción social. Este hecho, permite observar que se genere una fragmentación aún más grande de las clases medias, no sólo desde una perspectiva cultural, sino que también espacial, política y de relación con los otros grupos sociales. De la cultura del “country” de los grupos ascendentes, a la cultura del “barrio histórico” del abajismo, hay todo un conjunto de elementos estéticos que permitirían observar la diferenciación social de uno u otro grupo, mostrando las distintas pugnas ideológicas y de poder que se generan en las reconfiguraciones de las clases sociales en la sociedad contemporánea.

Bibliografía

- Adler Lomnitz, Larissa; Melnick, Ana. *Neoliberalismo y Clase Media: El caso de los profesores de Chile*. DIBAM – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago, 1998.
- Altamirano, Carlos, et. al. *Términos Críticos de Sociología de la Cultura*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2002.
- Araujo, Kathya. *Habitar lo social. Usos y abusos en la vida cotidiana del Chile Actual*. Serie Individuo y Ciencias Sociales. Oxfam/Lom Ediciones. Santiago, 2009.
- Atria, Raúl. *Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales*. CEPAL. Serie Políticas Sociales N° 96. Santiago, 2004.
- Barr-Melej, Patrick. *Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class*. The University of North Carolina Press. 2001. USA.
- Baudrillard, Jean. *El sistema de los objetos*. Siglo XXI Editores. México, 2007.
- Bauman, Zygmunt. *Identidad*. Editorial Losada. Buenos Aires, 2007.
- Bauman, Zygmunt. *Modernidad Líquida*. Fondo de Cultura Económica. México DF, 2004.
- Bauman, Zygmunt. *Vida de Consumo*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2008.
- Becker, Howard. *Outsiders. Hacia una Sociología de la desviación*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires, 2009.
- Bethell, Leslie. *Historia de América Latina Vols. 11, 12 y 15*. Editorial Crítica. Barcelona, 1990.
- Bhabha, Homi K. *El Lugar de la Cultura*. Editorial Manantial, Buenos Aires, 2002.
- Bourdieu, Pierre. *La Miseria del Mundo*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 1999.
- Bourdieu, Pierre. *Condición de Clase y Posición de Clase*. En *Revista Colombiana de Sociología*. Vol. VII No. 1, 2002a. Pp. 119-141.
- Bourdieu, Pierre. *La Distinción. Criterios y bases sociales del Gusto*. Editorial Taurus. México, 2002b.
- Bozzo, Scarlett; Villablanca, Cristóbal; Wolf, Matías. *Acercamiento a la identidad de la clase media en la comuna de la Florida*. Informe final de Práctica Profesional. Profesores responsables: Francisca Márquez y Rolf Foerster. Universidad de Chile. Santiago, 2003.
- Burke, Peter. *Qué es la historia cultural*. Editorial Paidós. Barcelona, 2006.
- Cañs, Jordi. *Metodología del análisis comparativo*. Cuadernos Metodológicos N°21. Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid, 1997.
- Canales, Manuel. *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios*. LOM Ediciones. Santiago, 2006.
- Candina, Azún. *Por una vida digna y decorosa. Clase media y empleados públicos en el siglo XX chileno*. Frasis/Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Santiago, 2009.

- Cerda, Carlos. *“Historia y Desarrollo de la Clase Media en Chile”*. Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana. Santiago, 1998.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación: Estudios sobre historia cultural*. Editorial Gedisa. Barcelona, 2005.
- Contardo, Oscar. *Siútico: arribismo, abajismo y vida social en Chile*. Grupo Zeta/Vergara. Santiago, 2008.
- De Certeau, Michel. “La Operación Histórica”. En Jacques Le Goff y Pierre Nora [Ed.] “Hacer la Historia”. Editorial Laia. Barcelona, 1985.
- Documento de Síntesis Censal, del año 2002. [documento electrónico] <http://www.ine.cl/cd2002/sintesiscensal.pdf>
- Drake, Paul; Jaksic, Ivan (compiladores). *“El Modelo Chileno: Democracia y desarrollo en los noventa.”* Lom Ediciones. Santiago, 1999.
- Durston, John y Miranda, Francisca (comp.). *Experiencias y metodología de la investigación participativa*. CEPAL, Santiago, 2002.
- Felski, Rita. **Why Academics Don't Study the Lower Middle Class**. *The Chronicle of Higher Education*. Washington: Enero 25, 2002. Vol. 48, Iss. 20; p. B.24
- Fernández, Enrique. *Estado y Sociedad en Chile, 1891-1931: El estado Excluyente, la lógica estatal oligárquica y la formación de la sociedad*. LOM Ediciones. Santiago, 2003.
- Festinger, L.; Katz, D. *Los métodos de investigación en las Ciencias Sociales*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1979.
- García Herrera, L. M.. **Elitización: propuesta en español para el término gentrificación**. *Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales, Universidad de Barcelona*, vol. 6, no. 332, 2001.
- Goffman, Erving. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu editores. Buenos Aires, 2006.
- Goldman, Noemi. *El discurso como objeto de la historia*. Hachette. Buenos Aires, 2007.
- Graciarena, Jorge. *“Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina.”* Editorial Paidós. Buenos Aires, 1967.
- Guha, Ranahit. *La prosa de la contrainsurgencia*. en: S. Rivera y R. Barragán (comp.), *Debates post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*. Ed. Historias-SEPHIS-Aruwiri, Bolivia, 1997.
- Habermas, Jürgen. *Ciencia y Técnica como Ideología*. Editorial Tecnos. Madrid, 1992
- Habermas, Jürgen. *Teoría de la Acción Comunicativa. Volumen I. Racionalidad de la Acción y Racionalización Social*. Taurus Humanidades. 1992
- Hall, Stuart. *Cuestiones de Identidad Cultural*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 2003.
- Hall, Stuart. *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. SAGE Publications. Londres, 1997.

- Hamnett, C. **I am critical. You are mainstream: a response to Slater.** *City*, vol. 14 nos. 1–2, 2010.
- Harvey, A. D. **Reclassifying Class In Today's Britain.** *Contemporary Review*; Spring 2007; 289, 1684; Research Library Core. p. 45.
- Hernández Sampieri, Roberto, Fernández Collado, Carlos y Baptista Lucio, Pilar. *Metodología de la Investigación.* Mc Graw Hill, México, 2006.
- Informe Económico CCS. Cámara de Comercio de Santiago. “*Mercado Crediticio en Chile ha Ganado Profundidad, Pero Aún se Encuentra Lejos de Países Desarrollados*”. Santiago, Junio de 2008.
- Instituto Libertad y Desarrollo. *Temas Públicos.* N°295 (Semana). 12 de Julio de 1996. Santiago. P. 7.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *El Chile Perplejo: Del avanzar sin transar al transar sin parar.* Editorial Planeta/Ariel. Santiago, 1998.
- Johnson, John. “*La transformación política de América Latina: Surgimiento de los sectores medios*”. Librería Hachette. Buenos Aires, 1961.
- Labarca, Amanda. *Apuntes para estudiar la clase media en Chile.* Atenea, año XXVII, tomo XCIX, Nos 305-306, noviembre/diciembre de 1950.
- Lapierre, Michel. Saberes sociales en las clases medias chilenas. Estudio histórico y cualitativo respecto a saberes históricos y actuales de grupos de clase media en Chile. Tesis de Sociología, Universidad de Chile. Santiago, 2008.
- Lees, Loretta; Slater, Tom y Wyly, Elvin. *Gentrification.* Routledge. New York, 2008.
- Márquez, Francisca. *Identidades urbanas en Santiago de Chile. Identidad e identidades: la construcción de la diversidad en Chile – Fondecyt N° 1020266.* Santiago, 2005.
- Marx, Karl. *Miseria de la Filosofía.* Ed. Júcar. Buenos Aires, 1974.
- Méndez, María Luisa. *Middle class identities in a neoliberal age: tensions between contested authenticities.* En **The Sociological Review.** **56:2.** 2008
- Mora y Araujo, Manuel. *La estructura social de la Argentina: Evidencias y conjeturas acerca de la estratificación actual.* Serie Políticas Sociales. CEPAL. Santiago, 2002
- Moulian, Tomás. Chile: Anatomía de un mito. Lom Ediciones. Santiago, 2002
- Navia, Patricio. *Las Grandes Alamedas: El Chile post-Pinochet.* La Tercera-Mondadori. Santiago, 2003. P. 141.
- Padua, Jorge. *Técnicas de investigación aplicadas a las Ciencias Sociales.* Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- Pérez, Francisca. *Prácticas y representaciones de la vida barrial. Una mirada etnográfica al espacio residencial: El caso de los condominios y los conjuntos de vivienda social.* Tesis para optar al grado de Licenciatura en Antropología y al título de Antropóloga. Profesor Guía: Francisca Márquez. Santiago, 2004.
- Portes, Alejandro; Hoffman, Kelly. *Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal.* CEPAL. Serie políticas sociales N°68. Santiago, 2003.

- Portocarrero, Gonzalo [ed.] *Las Clases Medias: Entre la pretensión y la incertidumbre*. Oxfam/Tempo. Lima (sin fecha).
- Roberto Méndez. Cómo son los nuevos chilenos. Revista El Sábado. 14 de Mayo de 2005. El Mercurio.
- Salazar, Gabriel; Pinto, Julio. *Historia Contemporánea de Chile. Tomo II*. Lom Ediciones. Santiago, 1999.
- Sewell, Jr., William H. *Los conceptos de Cultura*. En: Bonell, Victoria y Hunt, Lynn (ed.), *Beyond The Cultural Turn*. Berkeley y Los Angeles, California. University of California Press, 1999.
- Silva, Beatriz. *La clase media en Chile después de las transformaciones estructurales: una aproximación cualitativa a través del análisis de clase*. Tesis para optar al grado de Socióloga. Profesor Guía: Omar Aguilar N. Universidad de Chile. Santiago, 2005.
- Smith, N. **New globalism, new urbanism: gentrification as a global urban strategy**. *Antipode*, 34(3), 2002.
- Torche, Florencia; Wormald, Guillermo. *Estratificación y movilidad social en Chile: entre la adscripción y el logro*. CEPAL. Serie Políticas Sociales N° 98. Santiago, 2004.
- Valles, Miguel. *Técnicas Cualitativas de Investigación Social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Editorial Síntesis, Madrid, 2003.
- Weber, Max. *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México, 1996.
- Wortman, Ana [coord.] *Pensar las clases medias. Consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*. La Crujía ediciones. Buenos Aires, 2003.
- Wright, Erik Olin. *Clases*. Siglo XXI Editores. Madrid, 1994.
- Wright, Erik Olin. **The shadow of exploitation in Weber's class analysis**. *American Sociological Review*; Dic. 2002; 67, 6; ABI/INFORM Global. p. 832.
- Zizek, Slavoj. *El Espectro de la Ideología*. En Slavoj Zizek [comp.]. *Ideología, un mapa de la cuestión*. Fondo de cultura económica. Buenos Aires, 2002.